

el peor, y, cosa notable, es el único que, á pesar del cambio frecuente de señores, siguió siendo constantemente malo: hay una especie de maldición sobre los pretendidos vicarios de Cristo, por mejor decir, la maldición pesa sobre sus desgraciados súbditos. Los reyes absolutos mismos, cuando no son locos rematados, confiesan que deben reinar para bien de sus pueblos; los vicarios de Dios siguen la máxima contraria, reinan en su propio interés, ó al menos en el de su familia. ¿Quién no sabe que el nepotismo, que ha llegado á ser proverbial para criticar el egoísmo de los gobernantes, es una invención de los papas? Mientras los sucesores de los Apóstoles desempeñaron un papel en el mundo, su ambición fué elevar á sus sobrinos ó á sus bastardos á la dignidad de príncipes; cuando su influencia política cesó, trataron de enriquecerlos.

Los historiadores que hacen un cuadro tan seductor de la reacción católica, olvidan que la recrudescencia del nepotismo data precisamente del renacimiento del catolicismo. Empecemos por el Papa del concilio de Trento, Pío IV, el Santo Pontífice que inauguró la reacción católica, lo cual no le impidió comer bien y ser aficionado á los placeres. No le faltaban sobrinos, ni sobrinas. Además tenía, según dice un cardenal, tres hijos naturales. Entre los sobripos había algunos de los cuales no hacía caso el Papa, porque decía que eran hijos de su madre, pero no de su padre. En cuanto á los legítimos, Su Santidad, dice el Veneciano *Mocenigo*, se propuso el hacerlos tan ricos y grandes como pudiese (1). Su favorito era el cardenal Borromeo, á quien dió el arzobispado de Milan y gran número de beneficios y abadías. Se dirá que Pío IV no podía hacer mejor uso de sus beneficios. Enhorabuena; pero permítasenos creer que un Santo hubiera podido vivir en rigor con menos de 48.000 ducados de renta (2). El hermano del cardenal obtuvo, á manera de dote, la hija del duque de Urbino, con esperanzas sobre el principado de Camerino. Su hermana se casó con un Gonzaga, cuyo padre tenía una renta de más de 50.000 escudos. Hé aquí una rama de la familia pontifi-

(1) ALBERI, II, 4, 52: *a Senza indugiare vuol farli ricchi e grandi, quanto può.*

(2) SORANZO, en ALBERI, II, 4, 92.

cia bastante bien casada. Pasemos á los sobrinos que tenía el Papa en Alemania. El mayor, Aníbal, hizo un rico matrimonio con la expectativa de un principado en el reino de Nápoles. Al segundo se le dió un obispado, haciéndole esperar el capelo cardenalicio. Quedaban los Serbelloni, hermanos carnales del Papa, en número de cinco. El primero obtuvo un obispado, luego llegó á ser cardenal, después legado de Espoleto; el segundo fué nombrado capitán de la guardia del Papa; el tercero, después de haber mandado el castillo de Saint-Angelo, vistió la ropa talar para llegar al cardenalato; el cuarto pertenecía al ejército y esperaba una buena ocasión; en cuanto al quinto, parece que, aún con la mejor voluntad no había medio de hacer de él absolutamente nada. Pío IV no se limitó á colmar á sus parientes de dignidades y de honores; era preciso ponerlos también en estado de sostener un rango conforme á su posición; les dió, pues, dinero, y á falta de numerario, beneficios. En su impaciencia por hacer bien á sus queridos sobrinos, el Papa apresuraba las vacantes, solicitaba renunciaciones, ¿y quién se había de atrever á negar ninguna cosa al vicario de Dios? Siendo tan generoso para los hermanos y sobrinos, ¿cuál no había de ser su prodigalidad para con sus hijos? Pero la Historia se calla: no conviene que un sucesor de San Pedro, un Papa restaurador del catolicismo, tenga bastardos (1).

¿Quién había de creer que Pío V, el santo papa por excelencia, el inexorable inquisidor, haya tenido debilidades por su familia? Claro está que el imperioso pontífice no se dejó dominar por sus sobrinos. Sin embargo, dió á uno de ellos el capelo cardenalicio, y le procuró una renta de 25.000 escudos. Otro, de galeote de los corsarios, ascendió á capitán de la guardia pontificia; Pío V le hizo merced de un palacio y 1.500 escudos de renta (2). Esto es poca cosa, y puede decirse que el Santo Padre se mostraba tacaño. Pero no tanto son las sumas de dinero prodigadas á los sobrinos, lo que constituye la vergüenza del miserable régimen que se llama nepotismo, como el principio profesado

(1) MOCENIGO, en ALBERI, II, 4, 52-54.

(2) TIEPOLO, en ALBERI, II, 4, 177 y sig.

por este santo personaje de que todo Papa debe elevar á su familia y engrandecerla. El principio produjo sus frutos.

Gregorio XIII, el Papa que celebró la noche de San Bartolomé, tenía un bastardo, su primera y su única afecion, dice *Tiepolo*. Nada más natural, añade el embajador veneciano, nada más legítimo. El Papa era también de esta opinion: apenas elevado á la silla de San Pedro, nombró á su hijo Gobernador de la Santa Iglesia, y le aseguró una renta de 10.000 escudos. Pero habia en Roma celosos que despertaron remordimientos en el soberano pontífice, y no le faltaba por qué. Celebrar la matanza de los hugonotes con fuegos artificiales, se comprende en un hombre cegado por el fanatismo; pero que este mismo hombre se aproveche de su advenimiento al trono pontificio para enriquecer á su bastardo, hace un singular contraste con el fanatismo; ¡quién no se siente inclinado á creer en la hipocresía! Gregorio cedió á las manifestaciones de los hombres severos que le rodeaban: relegó á su hijo á Ancona. Pero por más violencia que se haga á los sentimientos naturales, éstos dominan siempre. El Papa acabó por arrepentirse de su excesiva severidad; el corazon del padre triunfó sobre los escrúpulos del Santo Padre. Casó á su hijo en la casa Sforza; celebró las nupcias con un esplendor que puede calificarse con razon de escandaloso. Los grandes y los príncipes se apresuraron á hacer regalos á la nuera del Papa. Además, el dichoso hijo del vicario infalible de Dios fué colmado de dignidades y de favores; recibió en dinero, en alhajas, en bienes de todas clases, más de 120.000 escudos. «El señor Jacobo, escribe *Tiepolo* en 1576, tiene por ahora 12.000 escudos de rentas eclesiásticas, 5.000 de posesiones territoriales: el rey de España, para demostrar que merece el título de rey católico, da al bastardo del Papa una pension de 6.000 escudos. Esto no es más que el principio, añade el embajador veneciano; el *Señor Jacobo* puede esperar diariamente nuevos favores de su padre, porque el soberano pontífice ha sacudido el temor de la opinion pública, que hasta ahora le contenía» (1).

Sixto V, el Papa que lanzó sus rayos contra el más querido de los reyes, siguió las huellas de sus santos predecesores. El nepo-

(1) ALBERI, II, 4, 219-221.

tismo habia llegado á ser un sistema político en la córte de Roma, si puede darse este nombre á un régimen que trastorna toda idea de gobierno (1). Sixto V, hijo de un porquero, puso todo su cuidado en enriquecer y engrandecer á su familia: elevó á uno de sus sobrinos al cardenalato, y le dió una renta eclesiástica de 100.000 escudos; casó al otro con una Sommaglia; le hizo marqués de Mentova, príncipe de Venafro, y conde de Celano. Gracias á esta diplomacia matrimonial, la humilde familia de los Peretti brilló en primera fila en la aristocracia romana. Clemente VIII, el rígido adversario de Enrique IV, no puso límite alguno á los favores que prodigó á sus sobrinos; los Aldobrandini igualaron y excedieron bien pronto á los Peretti. Pedro Aldobrandini tenía ya en 1599, 60.000 escudos de renta; hizo valer su dinero como verdadero romano: compró, capitalizó. Su inmensa fortuna pasó á Francisco Aldobrandini, general de la Iglesia, que por su parte tenía una renta eclesiástica de 60.000 escudos, en 1599. El Papa no cesó de hacer liberalidades á sus sobrinos; además de ricos beneficios, les dió más de un millon en especies.

Así, pues, el camino del más vergonzoso favoritismo fué abierto por el ejemplo y la autoridad de los papas que se cuentan entre los mejores de la reaccion católica! ¿Debemos admirarnos de que otros ménos escrupulosos lo hayan imitado sin pudor y sin vergüenza? Pablo V, dicen los historiadores, se impuso la mision de recobrar la libertad de la Iglesia, es decir, la soberanía que el Pontificado habia usurpado al Estado: ¿queria la dominacion como Gregorio VII por la salvacion de las almas? Sería una injuria para el gran Papa del siglo XI compararle con el pontífice del siglo XVII. Pablo V trabajaba bastante más por el poder de los Borghese que por sus deberes espirituales: es el egoismo de la familia en toda su pequeñez, en toda su brutalidad. En 1612, los beneficios del Cardenal Escipion Cafarelli Borghese le daban una renta de 150.000 escudos. Las dignidades láicas fueron conferidas á Marco Antonio Borghese; el Papa le hizo príncipe de Sulmona, le dió los palacios más suntuosos de Roma, y las *villas* más mag-

(1) Tomamos los detalles que siguen, sobre el nepotismo de los papas, de la obra de RANKE sobre el pontificado (*Fürsten und Völker*, t. IV, p. 17 y sig.).

níficas. Pablo V era inagotable en punto á larguezas para sus sobrinos; tenemos el inventario de los presentes de que los colmó: primeramente piedras preciosas, objetos de plata, tapicerías de que se despojó á los palacios pontificios para adornar las estancias de sus sobrinos: despues vienen las especies, un millon en dinero constante. Si los estados romanos estaban miserablemente administrados, en cambio los parientes del Papa cuidaban perfectamente de su patrimonio. Compraban bienes raíces, y para que aumentasen de valor, se hacian conceder mil privilegios por su tio, el vicario de Cristo: los Borghese llegaron á ser la más rica, la más poderosa de las familias italianas. Rivalizaron con los príncipes, ¿qué digo? su lujo eclipsaba la magnificencia de los reyes.

Cuando los papas eran viejos, los sobrinos se apresuraban á usar de su buena fortuna: el gobierno era entónces una ávida explotación. Bastaron algunos años al cardenal Ludovico Ludovisio, sobrino de Gregorio XV para constituirse una renta en beneficios de 200.000 escudos. El hermano del Papa participó de las dignidades temporales. En poco tiempo los dos sobrinos sacaron de su tio una suma de 800.000 escudos en billetes de Banco; emplearon sus fondos en comprar ducados y principados. Bajo el pontificado de Urbano VIII los Barberini rivalizaron en rapacidad con los Ludovisio. El hermano del Papa, D. Carlos, general de la Iglesia, decia que el dinero lo alcanzaba todo en este pícaro mundo; no dejó de amontonar todo el que pudo. Dos de sus hijos entraron en dignidades eclesiásticas; Francisco, el cardenal predilecto, fué el favorito de su tio; sus beneficios, que en 1625 le daban una renta de 40.000 escudos, se elevaban dos años más tarde á 100.000 escudos. Su hermano Antonio fué promovido tambien al cardenalato, pero sin alcanzar parte en el gobierno; no teniendo el poder, quiso al ménos tener riquezas: se proporcionó una renta de 100.000 escudos. Tadeo, el tercer hermano, tuvo las dignidades láicas, y las acaparó de tal manera que en 1635 gozaba de una renta en inmuebles de 100.000 escudos.

La casa Barberini era un modelo de economía. Bien pronto cada uno de los tres sobrinos tuvo una renta de medio millon de escudos; dícese ¡parece increíble! que recibieron 105 millones de escudos de su tio. Urbano VIII tuvo algun escrúpulo sobre la le-

gitimidad de sus vergonzosas profusiones; encargó á una comision de teólogos que examinasen su caso de conciencia. Aquellos dignos discípulos de Cristo empezaron por asentar el principio de que siendo el Papa príncipe soberano, tenía el derecho de dar á su familia lo que economizase de sus rentas. Y cuando el jefe de la cristiandad acumulaba los beneficios por docenas en cabeza de sus sobrinos, ¿hacia tambien economías como príncipe? La comision calculó despues á cuánto ascendian las sumas de que en conciencia podia disponer el Papa; estimó que podia fundar un mayorazgo en su familia con una renta limpia de 80.000 escudos, y establecer ademas decorosamente á un segundo hijo; fijó la dote de las hijas en 180.000 escudos. Urbano consultó ademas al general de los jesuitas. Este fué de opinion de que la comision habia hecho unos cálculos muy moderados y les dió su completa aprobacion. Desde entónces el Santo Padre se tranquilizó y continuó prodigando el dinero, los beneficios y los honores á sus sobrinos. Pero cuando se aproximó la vejez, Urbano tuvo nuevos remordimientos; reunió otra vez á los teólogos que poseian toda su confianza, entre otros á un cardenal y un padre jesuita. Estos piadosos personajes tranquilizaron completamente al Papa, diciendo que era una cuestion de honor para la Santa Sede el que la familia de los papas tuviese una posicion digna de la elevada dignidad que ocupaban.

Estas consultas, estas opiniones de teólogos notables, son más vergonzosas que el nepotismo que querian excusar. Se comprende la debilidad de los papas para con sus familias, porque por más infalibles que se digan, los vicaricos de Dios son hombres; pero que esta debilidad se eleve á la altura de una teoría y se consagre como un derecho por doctores, cardenales, jesuitas, es ciertamente la prueba más evidente de la decadencia del catolicismo. Recordemos las máximas de pobreza enseñadas por Aquel á quien los católicos adoran como Hijo de Dios, máximas que fueron practicadas por los Padres de los primeros siglos, y que siguieron siendo el ideal de aquellos que aspiran á realizar la perfeccion cristiana. Recordemos que las órdenes mendicantes fundadas por santos predicaron la pobreza y hasta la mendicidad, como esenciales en el cristianismo, y que su doctrina fué aprobada por bulas solemnes de los soberanos pontífices. Recordemos que, segun confesion

de todos los Padres, de todos los concilios, los bienes de la Iglesia no son propiedad suya; que ella solamente tiene la gestion y la distribucion; que los verdaderos propietarios son los pobres; que si todo cristiano está obligado á darles lo supérfluo, con mayor razon están estrictamente obligados á elle los beneficiados. ¡Y no que los donativos de los fieles, hechos para redimir sus pecados, se emplean por aquel que se dice vicario de Cristo, en enriquecer á hombres que no tienen más título para conseguir tales larguezas que la casualidad del nacimiento! ¡Y este despilfarro criminal de una fortuna que no pertenece á los papas, es declarado legítimo por los teólogos romanos! No nos tomaremos el trabajo de contestar á la miserable distincion que establecen los cortesanos del pontificado entre el jefe de la cristiandad y el príncipe de los estados romanos; el buen sentido popular ha hecho ya justicia. Nos limitamos á recomendar al Papa y á sus consejeros la pregunta que un labriego dirigió á un rico prelado que, queriendo excusarse de su lujo dijo que lo tenía como príncipe y no como obispo: «¿Y cuándo al príncipe se le lleve el diablo, preguntó el hombre del pueblo, á dónde irá el obispo?»

Parece que la Providencia quiso poner de manifiesto todo lo que tenía de vergonzoso el régimen de los que aún se atrevían á llamarse vicarios de Dios. Las mujeres empezaban á jugar un papel en la corte de los reyes; ¿por qué no en la corte de Roma? Inocencio X tenía por cuñada á doña Olimpia Maidalchina. Era una mujer de gobierno; continuó dirigiendo los intereses de la casa Pamfili, despues del advenimiento de Inocencio X á la silla de San Pedro. Los embajadores se presentaban lo primero en su casa para demostrar que á ella le correspondía el verdadero poder; los cardenales colocaron su retrato en sus habitaciones, como era costumbre colocar el del Papa. Bien pronto el mundo cristiano se apercibió de que había en Roma un vicario de Cristo con faldas; de todas partes los pretendientes se dirigieron á la papisa para alcanzar los favores de la Santa Sede, pero ella no hacía nada sin dinero contante. «Se dice, escribe *Guy Patin*, que lo vende todo, que lo toma todo y que lo recibe todo» (1). Todas las dignidades

(1) GUY PATIN, *Cartas*, t. I, p. 21.

de la Iglesia estaban en manos de una mujer que traficaba con ellas. «Ningun oficio de la corte, escribe un enviado veneciano en 1652, ningun beneficio eclesiástico se confiere sin el consentimiento de *doña Olimpia*; ningun obispo se nombra más que á su gusto, y el que más le da es el que triunfa sobre sus competidores.» Inocencio X no se oponía, y todo marchaba admirablemente, como si el Espíritu Santo hubiese tomado cuerpo en *doña Olimpia*. Pero no hay dicha completa en este pícaro mundo, ni aún para los vicarios de Dios. El hijo de la papisa era ya cardenal, cuando la heredera más rica de Roma enviudó; inmediatamente se *descar-*  
*denalizó* á D. Camilo y se le casó con la jóven Aldobrandini. Doña Olimpia creía haber hecho un excelente negocio. Desgraciadamente la nuera quiso tener tambien su parte en el gobierno pontificio. Le correspondía de derecho; en su calidad de sobrina del Papa, tanto más cuanto que su marido, el sobrino, era un tonto. ¡Hé aquí, pues, la guerra en la casa pontificia! Desde aquella fatal union no hubo ya un instante de reposo para el anciano Pontífice: colocado entre su cuñada y su sobrina, no sabía á cuál de las dos papisas debía atender. El pobre Inocencio, á pesar de su infalibilidad, fué toda su vida el juguete de la ambicion y de la codicia de dos mujeres.

El escándalo de semejante gobierno indignó á los hombres á quienes quedaba un resto de pudor. Alejandro VII juró no recibir á sus parientes en Roma. Ya un padre jesuita se ocupaba en glorificar el heroismo del nuevo Papa, por haberse atrevido á rechazar una tradicion consagrada por los más ilustres pontífices. Pallavicini se había apresurado demasiado á cantar los méritos de Alejandro VII. Un reverendo más astuto, el rector del colegio romano, despertó singulares escrúpulos en el vicario de Cristo: llegó á persuadirle de que era un pecado mortal abandonar los intereses de su familia, y le convenció de que debía, bajo pena de su salvacion, llamar á la corte á sus sobrinos. Pallavicini suprimió las hojas ya impresas en que celebraba las virtudes cristianas de Alejandro. Quedaba una dificultad; ¡el Papa había jurado no recibir á sus sobrinos en Roma! La dificultad era grande, pero los jesuitas saben los medios de arreglarse con el cielo, y aconsejaron á Alejandro que fuese á recibir á sus sobrinos á algunas leguas de Ro-

ma, por el camino de Sienna. Satisfecho de poder alcanzar su salvación á tan poco precio, el Papa siguió este consejo, y para expiar sus pecados hizo llover á cántaros sobre sus parientes las dignidades y los beneficios (1), lo cual no le impidió tronar contra el nepotismo de sus predecesores. Si los jefes de la cristiandad, si los órganos infalibles de Dios creían que era de su deber dilapidar los bienes de la Iglesia; ¿por qué los cardenales no habían de hacer otro tanto? Trataron lo mismo que el Santo Padre de evitar un pecado mortal. El clero entero quiso ganar el cielo á la manera de los papas y de los cardenales. En suma, la Iglesia no pensó ya más que en sacar dinero á los fieles y en gozar de sus riquezas.

Había todavía discípulos de Cristo que tomaban en serio el ideal evangélico y que lo practicaban. Francisco de Sales, Berulle, el abad de Saint Cyran, Borromeo, son los últimos santos del catolicismo: oigamos sus quejas sobre la corrupción del Pontificado. San Francisco lamentaba en secreto los desórdenes de la corte de Roma; decía en las dolorosas confidencias de la intimidad: «Son asuntos tristísimos; porque hablar de ellos al mundo en el estado en que hoy se halla, es causar un escándalo inútilmente. *Estos enfermos están contentos con sus males y no quieren curarse.* Es menester llorar y orar en secreto, que Dios ponga sus manos allí donde los hombres no pueden ponerlas.» El cardenal de Berulle veía y deploraba como su amigo el obispo de Ginebra estos mismos abusos de la corte de Roma, y hablaba de ello á Saint Cyran; opinaban ambos que los verdaderos hijos de la Iglesia debían guardar silencio al ver los males interiores y aquellas llagas intestinas, que San Bernardo dijo ya, hace seis siglos, eran incurables. Federico Borromeo, cardenal-arzobispo de Milan, había escrito un grueso volumen en que estaban pintados los desórdenes de la corte de Roma: «pero viendo cerradas todas las puertas á la reforma de los abusos, y que solamente Dios podía conseguirlo por las vías extraordinarias de su Providencia, quemó su libro convencido de que la verdad no conseguiría más que causar un escándalo y dar publicidad á los excesos de aquellos que no

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Chigi*, t. II, p. 160 y notas.

querían cambiar de costumbres y que habían llegado á ser más políticos que eclesiásticos» (1). A fines del siglo XVII un amigo de Pascal, tan distinguido por su piedad como por su ciencia, lanzó este grito de angustia: «¿No he de tener jamás el consuelo de ver un papa cristiano en la cátedra de San Pedro?» (2).

Es casi inútil insistir sobre los resultados del gobierno de los papas; pero es preciso, porque no hay nada que los defensores no nieguen; niegan hasta los funestos efectos del nepotismo y del régimen clerical. Desde mediados del siglo XVII, los estados romanos estaban en plena decadencia. ¡Cosa notable! Según los contemporáneos, las ciudades más florecientes se empobrecían tan pronto como caían bajo la dominación bienhechora de los vicarios de Cristo (3). La despoblación que afligía al reino *muy católico*, castigaba igualmente al patrimonio de San Pedro. Un enviado veneciano escribió en 1675: «En estos cuarenta años el número de habitantes ha disminuido en un tercio; se derriban las casas, porque no hay ya personas que las habiten; hay pocos matrimonios, y los pocos niños que nacen de ellos, se los llevan á los conventos, porque hoy no hay ninguna carrera abierta á su actividad» (4). ¿Era resultado aquella despoblación de la peste, del hambre ó de la guerra? Los estados de la Iglesia estaban arruinados por un mal peor que todas las calamidades; la naturaleza repara los desastres que ocasiona; la paz cicatriza las llagas de la guerra, pero no hay remedio para los males de una mala administración, cuando el poder está dirigido por hombres que se dicen infalibles é inmutables como la verdad. La codicia de las familias pontificias agotaba los recursos del país. A cada vacante de la silla apostólica había nuevos sobrinos que enriquecer: «Las exacciones de los Barberini, dice un contemporáneo, han arruinado al pueblo. Esperábase de las virtudes de Alejandro VII una mejora, pero todo Sienna (la ciudad natal del Papa) invadió á

(1) *Memorias para la historia de Port Royal*, t. II, p. 307 y sig.

(2) *Vida de Domot*, publicada por COUSIN (*Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, t. III, p. 131).

(3) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, p. 111, nota 2.

(4) MOCENIGO, *Relazione della corte di Roma* (RANKE, t. IV, p. 281).

Roma para chupar la sangre que le quedaba» (1). Un cardenal comparó el régimen romano á un caballo, ya fatigado por la carrera, al cual se excita á correr incesantemente hasta que cae rendido. Aun bajo el despotismo tienen los esclavos una garantía, el interes del señor y el sentimiento natural que le lleva á conservar sus dominios para sus descendientes. Atiende á sus súbditos, áun cuando no sea más que por cálculo. En Roma, los cardenales, colegio de ancianos, deseosos todos de llegar á la silla de San Pedro, tenían cuidado de escoger de entre ellos aquel que tenía trazas de morir más pronto. Siendo de corta duracion cada Pontificado, los parientes del Papa reinante se apresuraban á aprovecharse de su fortuna, «semejantes, dice un enviado veneciano, al poseedor precario de un fundo, que lo aniquila durante su corto disfrute, sin ocuparse en hacer mejoras de que él no se ha de aprovechar» (2). Este egoismo es la llaga incurable de un gobierno clerical. Así lo dice un embajador de Venecia á mediados del siglo XVI (3).

La codicia era el menor de los defectos de la corte de Roma; por mejor decir, no habiendo garantía alguna donde ella reina, son inevitables los abusos más criminales. Hemos dicho que doña Olimpia, la cuñada de Inocencio X, vendia las plazas y los beneficios; lo que la papisa hacía públicamente, ¿por qué no lo habian de hacer los funcionarios y sus allegados? La fiesta de Navidad era el día consagrado para ofrecer regalos á todos aquellos que gozaban de alguna influencia política; así se celebraba el nacimiento de Aquél que ha enseñado la humildad, la pobreza y el desprecio de las cosas de este mundo, dando y recibiendo presentes destinados á corromper al vicario de Cristo ó á aquellos á quienes encomendaba el gobierno de la Iglesia. No hay sagacidad de estafador, ni práctica de falsificador, que no haya sido empleada para sorprender firmas del Santo Padre que cubrian de vergüenza á la Iglesia de que era jefe. Se lee en los historiadores contemporáneos que el hermano de Alejandro VII se enriqueció administrando justicia,

(1) *Vita di Alessandro VII* (RANKE, t. IV, p. 112).

(2) BASADONA, *Relazione di Roma* (RANKE, t. IV, 2, p. 267).

(3) SORANZO, en ALBERI, II, 4, p. 88 (1563).

es decir, vendiéndola. Se lee en las narraciones oficiales que el procurador general sobornó falsos testigos contra un Aldobrandini, á fin de alcanzar su condena, ¿y con qué objeto? Para obligarle á entregar algunos castillos á la familia del Papa reinante. Se lee que, mediante dinero, el soberano Pontífice firmaba cartas que ponian al portador al abrigo de toda accion judicial; estos salvo-conducidos de nueva especie habian llegado á ser un medio corriente de librarse de las pesquisas de un acreedor demasiado exigente. Se lee que en pleno siglo XVII fueron restablecidas en Roma las composiciones por crímenes, con la diferencia de que no era la parte ofendida, como entre los Bárbaros, sino los jueces, ó mejor dicho, los sobrinos del Santo Padre, los que percibian el dinero; bajo el reinado de doña Olimpia, este honrado recurso produjo dos millones de ducados en siete años! (1).

Pudiera creerse que los estados romanos eran las únicas víctimas de este horrible gobierno; como los católicos acostumbran á salir de las dificultades por medio de distingos, distinguen entre el Papa jefe de la cristiandad, y el Papa príncipe soberano. ¡Ah! ni esta excusa les sirve. Los abusos que manchaban la corte de Roma infestaban tambien la Iglesia. Despues de todo, ¿no era el Papa, segun los ultramontanos, el señor absoluto de la Iglesia? ¿Por qué, pues, no habia de explotar la Iglesia como explotaba el patrimonio de San Pedro? En realidad, solamente por los beneficios eclesiásticos se enriquecian los soberanos Pontífices y sus favoritos. En el siglo XV la cristiandad habia tratado de poner fin á las vergonzosas prácticas de la corte de Roma; pero los decretos de los concilios generales fueron impotentes para reformar un poder irreformable. Cuando la revolucion religiosa del siglo XVI privó al Pontificado de la mitad de Europa, los sucesores de San Pedro se indemnizaron ideando nuevas exacciones para llenar los huecos de su tesoro. Se introdujo la costumbre de grabar los beneficios con pensiones á favor de los protegidos del Papa; fué preciso recurrir á falsedades para burlar los concordatos y las leyes, pero las falsedades no han sido nunca un obstáculo para el poder que se llama espiritual. En Italia, en donde no existian estas trabas, los vica-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, p. 112 y sig., y IV, 2, p. 234, I, 249.

rios de Cristo podían dar rienda suelta á su favoritismo; resultaron abusos monstruosos. Hubo titular de un rico obispado recargado hasta el punto de no quedarle más de sesenta escudos de renta. Quedaron vacantes algunos obispados, porque nadie quería someterse á las condiciones que el Papa imponía á los elegidos. En un solo año veintiocho obispos del reino de Nápoles fueron depuestos de sus funciones porque no pagaban sus pensiones. No quedó nadie, hasta los pobres curas de aldea, que no tuviera que dar algo de lo que para ellos era necesario á fin de subvenir al lujo de la corte de Roma (1).

Por más sutilezas que inventen los defensores del Pontificado no podrán borrar los hechos. También en la Edad Media explotaron los papas duramente las iglesias, pero al menos fué en beneficio de una gran ambición, y la ambición de la Santa Sede se confundía con la existencia del catolicismo. En el siglo XVII, los jefes de la cristiandad hacían de su poder espiritual oficio y mercancía por un miserable interés metálico. Esto solamente prueba que no quedaba ya ni un sentimiento cristiano á los sucesores de los Apóstoles. Sin embargo, había órdenes religiosas que tenían por misión practicar el ideal evangélico; ¿cómo conciliar el monaquismo con la vida de los hombres que ocupaban el trono de San Pedro? Los monjes son la fuerza viva del catolicismo; cuando su institución cae en descrédito, puede asegurarse que la religión tradicional desaparece. Así sucedió en el siglo XVII. Los hermanos eran despreciados en Roma; se hubiera creído manchar las dignidades de la Iglesia confiriéndolas á los discípulos de San Francisco ó de Santo Domingo. ¿Merecían este desprecio? Debemos creerlo, puesto que el Papa se lamentaba de que algunos conventos y aún órdenes enteras, no tenían de religiosos más que el nombre. El soberano Pontífice redujo los monasterios; propuso á los Venecianos secularizar las congregaciones que habían llegado á ser inútiles, y emplear sus bienes en hacer la guerra á los infieles (2). Por tanto, el Pontificado fué quien empezó la obra de la revolución. Esta es una señal de que la reli-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. IV, p. 116 y sig.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2, p. 252 y sig.

gion iba en decadencia. En realidad, no había en Roma nada de católico más que las formas, y aún éstas tomaban un aire mundano. Los enviados venecianos comparan las iglesias romanas con los teatros, y los predicadores con los cómicos. Teólogos, sacerdotes serios, no se encontraba ni uno en Roma ni en Italia; la decadencia de los espíritus era universal (1).

¿A qué condujo, en definitiva, la reacción tan decantada del catolicismo? A una ruina más irremediable que la del siglo XV, porque vino después de esfuerzos gigantescos para recobrar la dominación que la Reforma había quitado al Pontificado; por mejor decir, la religión tradicional no había dejado nunca de declinar. Importan poco, en efecto, los triunfos parciales del catolicismo; no es el hecho quien decide del porvenir de una religión, sino el valor intrínseco de sus creencias. Ahora bien, una parte de la cristiandad había abandonado la Iglesia á principios del siglo XVII, porque la pura doctrina del Evangelio estaba viciada en ella por mil abusos. ¿Qué hizo la reacción católica? ¿Procedió á una sabia reforma? ¿Entresacó las plantas parásitas que se entrelazaban al árbol de la fe? Dió, por el contrario, nueva fuerza á todos los elementos supersticiosos que había en el catolicismo. Esto era perpetuar los vicios de la Iglesia y agravarlos. La decadencia debía, pues, continuar á través de las aparentes victorias del catolicismo. En verdad, el Pontificado tiene razón en llamarse inmutable; al menos es incorregible. Se le ha visto á mediados del siglo XIX proclamar una superstición que la Edad Media se había negado á sancionar, y el mundo católico se ha apresurado á celebrarla con fuegos artificiales. ¡Extraña ceguera de los hombres del pasado! Estos fuegos artificiales han iluminado la victoria de los enemigos del catolicismo; porque una superstición añadida á las que alteran ya la fe es un principio de ruina añadido á todos aquellos que se han acumulado ya en Roma. Por tanto, ¿qué ha llegado á ser el Pontificado? Es de su esencia ejercer el poder espiritual y dominar sobre el poder temporal. El poder espiritual es el poder del espíritu; es promulgando el dogma de la Inmaculada Concepción como prueba el Pontificado que él es el poder del

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2, p. 283, y t. IV, p. 120.

espíritu? El poder temporal es un medio de acción sobre el mundo para conservar y propagar la fe; ahora bien, el mundo ignora que tiene un Papa por Soberano. Los pueblos mismos que están sometidos á su dominación sufren su yugo con impaciencia; solamente las bayonetas extranjeras sostienen el poder temporal del obispo de Roma. El poder espiritual y temporal constituyen la soberanía; la soberanía ha pasado á las naciones; no hay, pues, ya Pontificado.

Cuando la Iglesia decae, decae también la religión, porque en el catolicismo la Iglesia y la religión se confunden. La decadencia, ó si se quiere, la transformación de las creencias, data de antiguo; se remonta hasta la Edad Media. En el siglo xv agitaba los espíritus un soplo de incredulidad; penetró en el santuario y hasta en los palacios de aquellos que continuaban llamándose los vicarios de Cristo, por más que no creyesen en el Hijo de Dios. Se necesitó una revolución para reanimar la fe cristiana. Los protestantes se atribuyeron la misión de volver al cristianismo primitivo, y la reacción católica se esforzó en dar una vida nueva á la vieja ortodoxia. Pero no se resucita el pasado; los reformadores que querían volver á la fe de los primeros siglos, dieron un paso fuera de la religión tradicional; por su parte, los reaccionarios, á fin de hacer aceptar la fe ortodoxa á generaciones que no tenían ya ni las necesidades, ni las ideas de la Edad Media, se vieron obligados á acomodarse á las tendencias de la humanidad moderna. La revolución religiosa del siglo xvi condujo, pues, á una transformación del cristianismo histórico. Tal es el espectáculo á que vamos á asistir; es el resultado más notable de la lucha del catolicismo y de la Reforma.

## CAPITULO II.

### LA RELIGION.

#### SECCION I.—TRASFORMACION DEL DOGMA CRISTIANO.

##### § I.—El Protestantismo.

##### N.º 1.—El Luteranismo.

##### I.—El luteranismo ortodoxo.

El fin que los hombres se proponen en sus ardientes luchas no siempre es aquel á que la Providencia los conduce. Limitados en su prevision y ciegos por sus pasiones, rara vez echan de ver las últimas consecuencias de los principios que los mueven á obrar. Léjos de afligirnos por esta pequeñez de nuestra razón, debemos bendecirla como una gracia divina, como el instrumento providencial de nuestro perfeccionamiento. Si tuviéramos en todos los casos á nuestra vista los últimos resultados de nuestros esfuerzos, la mayor parte de las veces retrocederíamos espantados, y en lugar de lanzarnos con confianza y audacia en medio del combate, permaneceríamos inmóviles y preferiríamos lo pasado con todas sus miserias á un porvenir que contraría nuestros errores y nuestras ilusiones. Así sucedió con los reformadores del siglo xvi. El protestantismo, dicen hoy sus apologistas, es la libertad en el ter-